



LA FUENTE CASTALIA Y EL MONTE PARNASO.

La cordillera de montañas del Parnaso se extiende en la Phócida hacia el norte, y termina repentinamente hacia el mediodía con dos masas imponentes de rocas. De la abertura que estas rocas dejan entre sí brota y descende al llano un manantial célebre, al que la antigüedad dió el nombre de *Castalia*.

Segun la rica y misteriosa mitología de la Grecia esta doble cima del Parnaso era la residencia de Apolo, las Musas y las Gracias; el Dios habia dado á las aguas de Castalia la virtud de inspirar á los poetas, y aquella soledad llena de la magestad del Dios era sagrada. Con el transcurso de los siglos no ha perdido todavía esta creencia todo aquello con que encantaba la fantasía; y bajo de aquellos peñascos magestuosos y cerca de la fresca concha de aquella fuente siente aun el viajero las emociones mas puras y elevadas de la poesía, que fermentan en su imaginación, del mismo modo que en las Thermópilas experimenta los enardecidos afectos del amor de la independencia y de la patria.

TOMO III.—9.º Trimestre.

Es verdad que sobre todo en los tiempos modernos las invocaciones de muchos copleros que se han tenido por poetas han quitado ya su echizo á los nombres mágicos y consagrados del Parnaso y de Castalia. ¿Pero que es lo que puede influir este rasgo de ridiculez contra lo augusto y venerable de sus recuerdos? Amenudo tambien el elogio de la virtud y de la justicia ha cansado como una cosa trivial y un lugar comun en bocas sospechosas, sin que felizmente hayan dejado por eso los hombres de amar y honrar á los varones justos. Apartarse de todo cuanto los malvados ó los necios han tocado alguna vez, sería en verdad darles de naciadas alas y sobrado poder.

Añadiremos en apoyo de lo dicho que estos mismos nombres que se oyen con disgusto en los labios vulgares que los invocan, conservan constantemente todo su carácter y sublimidad pronunciados por hombres de acreditada elevacion de alma. Tenemos un buen ejemplo de esto en los versos siguientes inspirados á lord Byron,

24 de Junio de 1858.

cuando recorriendo la Grecia se detuvo al pie del Parnaso, y acercó sus labios al manantial de la fuente Castalia.

«Y tú, Parnaso, á quien miro en este momento, no en las delicias de un ensueño, ni en el horizonte de un poema, sino en toda la pompa de tu masa rústica y magestuosa, levantando hasta las nubes tu frente coronada de nieve!

«¡Cuántas veces no he pensado en tí! El que no conoce tu glorioso nombre ignora las inspiraciones mas divinas del hombre! Hoy que te contemplo, me avergüenzo de celebrarte con tan débiles acentos; y cuando recuerdo á aquellos que en un día te invocaron, tiemblo y no puedo hacer otra cosa mas que doblar la rodilla. No me atrevo á levantar la voz ni emprender mi vuelo; sino que me contento con contemplar en silencio tu dosel de nubes, y saber que te veo!»

«Mas feliz en este momento que tantos ilustres poetas á quienes ligó el destino á lejanas orillas, veré yo sin emocion estos sagrados sitios que otros creyeron ver en sus entusiasmos éxtasis, sin haberlos jamas visitado. Aunque Apolo no habite ya en su gruta, y que tú, en otro tiempo morada de las Musas, no seas ya mas que su sepulcro, un genio risueño preside todavía á estos sitios, suspira con el céfiro, enmudece en las cavernas, y se desliza con ligera planta sobre estas ondas cristalinas! (*Childe Harold*)

A poca distancia de Castalia están las ruinas de Delfos, y continuando en subir hacia las cimas del Parnaso, se descubre al Oeste una aldeita en el sitio que ocupó aquella famosa ciudad, y llamada hoy Castri. Se compone de noventa barracas. Una iglesia dedicada á la Virgen ha reemplazado al templo de Apolo, cuyos oráculos, consultados en algun tiempo por toda la Grecia, terminaban los debates mas graves y decidían de las mayores empresas.

M. Pouqueville recuerda que segun Pausanias la tierra daba primitivamente sus oráculos en Delfos por la voz de Dafne, una de las ninfas del Parnaso. Este recuerdo se conservó en unas poetas dirigidas á Eumolpo: Neptuno profetizó tambien allí por el órgano de Pyzeon. Themis, que habia precedido á la llegada de Júpiter á Dódona en la Aelopia, habiéndole después sucedido, cedió sus derechos á Apolo que dió á Neptuno la isla de Celaurea, inmediata á Trezena. Segun esta tradicion no fue, pues, Apolo, sino la tercera divinidad que reinó en Delfos y sobre el Parnaso, hácia la era en que se señalaba la llegada de los dioses á la Grecia. El primer templo consagrado á Apolo fue un *témenos*, ó recinto construido con ramas de laurel del Tempe que rodeaba á un *hiéron*, ó altar á cielo cubierto, compuesto de césped. Con el discurso del tiempo se le erigió un templo de bronce que se reedificó en piedra por Agramedo y Trophonio, beocios. Este nuevo edificio se quemó el primer año de la Olimpiada 58.^a, y era levantado por los Amphictyones, cuyo arquitecto habia sido Spiatharos de Corinto, que existía cuando Pausanias visitó á Delfos.

En aquella época, poetas y profetas consagrados al culto de Apolo, contaban las historias de los tiempos en que el monte sagrado habia tomado el nombre de Parnaso, hijo de Cleopompo y de la ninfa Cleodora, y como Parnaso fundó una ciudad que fue sumergida en el diluvio de Deucalion; señalaban el sitio en donde se detuvo el arca que encerraba á Deucalion cuando las aguas se retiraron al seno del mar. Hablaban del tiempo en que Amphictyon fijó en Delfos la asamblea de los estados, compuesta de lo mas escogido de las naciones vecinas;

pero ya la ciudad habia decaído de su esplendor: no se veian ya en ella carrozas de oro y los tripodes elevados sobre columnas que Breno mostraba desde lejos á sus soldados para empeñarles á trepar por las asperezas del Parnaso.

El emperador Juliano probó á restablecer el oráculo que se habia dejado de consultar; pero fue en vano, y Delfos quedó completamente olvidado desde el tiempo del Bajo-Imperio. Solo se sabe que una princesa quedó despojada de él por Mahomet II y reducida á esclavitud con su hija.

Ademas del templo de Apolo habia en Delfos edificios consagrados á Minerva, Pronaea y á Phytaco, «cuyo espectro gigantesco revestido de una armadura se apareció para espantar á los bárbaros.» A tres estadios de estos dos templos se llegaba á las orillas de Pleistus, llamado ahora Sixaliska, que baña un terreno fértil cubierto de olivos. El arroyo de la fuente Castalia se pierde en el Pleistus; algunos autores creen que es el origen de este rio.

TRAGES

EN LA CORONACION DE LA REINA

DE INGLATERRA.

De un periódico de París (*Le Temps*) tomamos el siguiente párrafo curioso por los pormenores que contiene.

«Una de las particularidades mas pintorescas de la coronacion de la reina Victoria, que se ha de verificar en Londres el dia 26 de este mes, es que cada uno de los altos personajes que han sido convidados ó enviados, hará que lleve su servidumbre el traje nacional de sus respectivos países.»

«Por consiguiente los criados de la reina irán vestidos de la librea inglesa con sus flores, pelucas y bastones de puños macizos, en la mas estricta exactitud británica. Algunos lóres escoceses vestirán á los suyos el traje montañés; los señores irlandeses observarán igual etiqueta, y pocas provincias inglesas serán las que no figuren en esta ceremonia, ostentando el traje de sus indigenas.»

«El mariscal Soult ha mandado hacer las libreas francesas, magestuosas segun se usaban en la antigua corte, anchas, opulentas, y verdaderamente lujosas; se verán tambien entre su comitiva casacas como las de los cuadros de Vander Meulen, y aun se asegura que no olvidará el Galancete suelto y ligero, batidor del siglo décimo octavo con su baston, sus plumas y su agilidad. Seguirán al príncipe Esterhazy húsares húngaros; el príncipe Strogonoff llevará cosacos y mongieks; la servidumbre de los embajadores de Suecia y de Dinamarca irá completamente ataviada de pieles, á pesar del sol y del mes de junio, y los españoles de la del *marqués de Miraflores* presentarán el vistoso y agraciado traje de *majo*.»

«Llevarán un chupetin corto de paño muy fino adornado de hombrillos alamares y cintas de seda negras y su respectiva guarnicion de franjas. El forro será de seda color de oro: la camisa bordada con cuello vuelto, que se dejará ver por entre un corto chaleco de seda con botonadura de oro muy cargado de bordados. Al cuello un pañuelo de seda, cuyas dos puntas pasarán

por un anillo de oro guarnecido de piedras. Calzon corto de punto de seda negro, sujeto bajo la rodilla con sus correspondientes cintas que terminen en bellota: los zapatos de cordovan amarillo, medias blancas de seda bordadas, que se dejarán ver por la abertura de unos botines de ante amarillo que completan el traje. Estos botines son de un gusto extraordinario, pues se ven en ellos muchas bordaduras y delicados dibujos hechos á aguja, y se llevan abiertos desde la caña hasta bajo de la pantorrilla.»

«Algunos llevarán la redcecilla y sombrero de terciopelo con cintas á lo *Figaro*, y otros monterillas. El corte de cada vestido de estos se gradúa en 1600 rs. y algunos costarán 8000. En fin la servidumbre de *Achmet-Etchebaja*, que para dicha ceremonia conservará su traje oriental, acabará de dar al acompañamiento un aspecto muy variado y seguramente magnífico. Añádase á todo esto que ha salido ya para Londres la célebre *Mlle. Taglioni*, y bailará en *Queen's Theatre* en las funciones de la coronación.»

CONSEJOS DE GOETHE

Á LOS LITERATOS.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

Yo jamás seré popular. Todas mis obras se han hecho para hombres escogidos, no para el pueblo. ¡Desdichado de quien escribe para las masas en vez de escribir para ciertas personas que tienen las mismas simpatías y tendencias que él!

«¡Popular! nadie se admire de que no lo sea. Nunca lo fueron Mozart ni Rafael. No me comparo yo con aquellos dos sublimes ingenios; pero todo lo grande y lo ilustrado pertenece exclusivamente á la minoría. La minoría representa la razon pura, y la mayoría es el símbolo del remolino de la pasión ó el desatino. La historia habla de ciertos ministros que teniendo juntamente contra sí al monarca y al pueblo, pero dotados de una sabiduría superior consiguieron llevar á cabo sus mayores designios. El pueblo, las masas nunca comprenderán otra cosa que pasiones y sentimientos. La sabiduría es el eterno privilegio de los pocos.

«Precaveos contra toda influencia política si queréis permanecer poeta. Todo lo que es fuerza brutal, acción de partido, dictadura política es diametralmente contrario á la libertad del entendimiento, á la franqueza, al arranque del genio, al resorte poético.

«La acción casi material que ha de ejercerse en los hombres; el maquiavelismo inseparable de tal mérito; la mezcla de fuerza y de astucia; las leyes sin cesar interpretadas ó violadas; la vijilante prevision de los sucesos; la lucha continua contra los obstáculos, colocan al político en una region borrascosa, en una atmósfera de intereses viles que sofocan cuanto hay de ideal en él. Thompson escribió un poema encantador sobre el placer de *no hacer nada*, y compuso otro detestable sobre la *libertad*.

¡Poeta! ¡deja desplegar tu genio sin trabas alguna, y que no limite tu vista la barrera de los partidos y preocupaciones! Serás bastante patriota cuando hayas espaciado en tu país el gusto á lo bueno y á lo bello. El destino peculiar tuyo es el de elevarte como el águila, verlo todo desde tu altura y mirar al sol. Un jefe de partido no es cuando mas, sino un buen cabo de escuadra ó un capitán que manda á intereses organizados en batallón. Emplear su vida en destruir preocupaciones, echar á tierra barreras intelectuales, elevar y purificar las almas

¿no es una ocupacion muy superior? ¿no es una verdadera impertinencia el exigir al poeta otra especie de patriotismo? ¿qué gratitud mayor puede merecer de su patria? En verdad que es desempeñarse noblemente de la deuda contrada para con ella, conservar el sagrado fuego de la moral pública, aumentar la suma de sus groces puros, y mejorar á los hombres en vez de inflamar sus pasiones.

«Sabeis muy bien lo poco que se me da de lo que se diga ó se escriba de mí; pero sé que en la opinion de ciertas personas yo que *toda mi vida he trabajado como un presidario*, paso por no haber hecho jamas cosa de provecho porque constantemente he reusado meterme en la politica activa: Detesto á cuantos se entremeten en lo que no les toca y entienden meno. Para dar gusto á estos señores, hubiera yo debido sin duda hacerme presidente de un club de jacobinos, y renunciar á escribir obras y componer canciones.

«Tambien quisiera yo que los jóvenes se precaviesen contra el prestigio de lo que se llama *invencion original*. Creedme que el mundo cual es en sí, la realidad, la vida son liarto fecundas y ricas para atenernos á lo que nos ofrecen. Toda poesia ideal tiene su origen en la realidad.

«De lo verdadero nace todo lo bello, y en el se encuentran todos los materiales de la creacion poética. En cuanto á las obras edificadas sobre nubes y al aire, ningun concepto me merecen. Los hechos y caracteres pertenecen al mundo real ó á la tradicion.

Es muy ventajoso para un autor manejar asuntos familiares para él y para el pueblo. Así es dueño absoluto de ellos; los amansa y amolda como mejor le parece, y puede dirigirlos y modificarlos á su gusto. ¡Hay por ventura quien se queje de que veinte pintores diferentes hayan llenado la Italia de vírgenes y niños Jesus.

«Lo que se llama creacion, casi siempre es desordenado, obscuro y confuso. No presentan los anales literarios un solo ejemplar de una formacion espontánea que haya llegado á su perfeccion sin cargarse de vapores, humos y escorias. Una fermentacion y herbimiento inevitables designan la primera aparicion de los productos del entendimiento, y su estado virgen, como por ejemplo el de las balatas y canciones primitivas. El curioso y el sabio gustan de observar estas creaciones toscas; pero ¡cuan lejos están de la perfeccion! ¡Que distancia entre la estatua egipcia y la de Miguel Angel! El artista que trabaja sobre datos populares tiene la ventaja de estar sobre su base, de no atormentar su talento en busca de otras, y de consagrarse enteramente al esmero de la ejecucion. Si os empeñais eternamente en crear asuntos nuevos, pasareis acaso la vida en buscarlos sin dar con ellos, y sacareis á la ventura infinidad de bosquejos, sin jamás llegar á formar una obra completa.

Yo no pretendo ser vuestro maestro de escuela, pero quedare satisfecho si consigo evitaros algunos errores. Con esas falsas ideas acerca de la invencion y creacion, de nada sirve la experiencia; se menosprecian los antecedentes, y cada novicio incurre en las mismas faltas en que cayeron sus antecesores. Todos andan el mismo camino del error. Los fatales que de cuando en cuando se encuentran en medio de la carrera intelectual, ya no arrojan una luz provechosa. Conozco á una multitud de autores jóvenes, que despues de muchísimos esfuerzos, no han producido mas que obras muertas, bosquejos verdaderos y salpicados de algunos trozos brillantes. Casi todos se prometian producir un *opus magnum*, un monumento «mas durable que el bronce.» Con menos ambicion, mas estudios investigaciones y cuidado; y dando oidos al instinto poético cuando queria explicarse, hubieran indudablemente salido con su intento. La inspiracion

sostenida, que conviene á una obra larga, no solamente no pertenece á la multitud, sino que exige una reunion de circunstancias exteriores que pocas veces se combinan en la vida.

«Un dulce reposo, tranquilidad de espíritu, silencio de las pasiones, y largas horas consagradas á una misma obra, ¡cuan raro es todo esto! No bastaría ser un Homero; sería menester poder serlo. Por último, miras demasiado ambiciosas, que ninguna relacion tienen ni con las fuerzas ni con los acontecimientos de una existencia, de la que no siempre se dispone, han aniquilado á muchos talentos mas ó menos distinguidos.

«También debemos desconfiar los literatos de las hostilidades que siembran entre nosotros las críticas de los diferentes partidos. Los Schlegel nada han omitido para hacer de Tieck mi antagonista y mi enemigo personal. Nuestro afecto es recíproco, pero á pesar nuestro nos han prestado en una falsa posición. Ideaban los Schlegel fundar una nueva escuela literaria, y por consecuencia suplantarme. Buscaron, pues, un hombre que pesase bastante en la balanza para atraerse la atención pública, y este fue Tieck que posee sin duda alguna, y yo lo declaro solemnemente, un talento de los mayores, pero que ellos han encarecido con miras de partido. Al suscitar semejante rivalidad se engañaron miserablemente los Schlegel, y lo digo con modestia y sin resentimiento alguno. Tan absurdo es nibelarnos á Tieck y á mí, como fuera compararme con Shakspeare. Este último hablaba de sí propio con mucha humildad, y era de una especie superior, que debo respetar y admirar.

«La moda es falaz. Hubo tiempo en que no se veía sobre todas las mesas, en que nada se declamaba ni decía en tertulias, tocadores y academias mas que una sola cosa y esta era la *Urania* de Tieck, y hoy nadie habla de ella. Sucede amenudo que á un ídolo levantado por la moda le profanen y manchen sus mismos adoradores. Ved á Kotzebue, de quien hoy se dice tanto mal; pues fue de moda en un día como Iffland, y la moda le mató. Ambos tienen sin embargo su mérito real. En

su viaje por en medio de la vida, miran, observan, y atienden, y comprenden nuestras faltas y necesidades. El soplo de la realidad anima á sus producciones, y se encuentra en ellas verdad, fuerza é interés.

«Muchas veces la moda y popularidad llegan á conseguirse mas por los defectos que por el mérito. Mi *Fausto* agradó principalmente por lo vago y obscuro, presentando el encanto de un problema insoluble. La atmósfera sombría de la primera parte fue la que sobre todo sedujo á los lectores. No pretendáis investigar demasiadamente el motivo que me dictó tal obra.

«El tal *Fausto* es muy particular; cada una de las escenas que componen la primera parte forma un todo completo, un cuadro aparte. *Gil Blas*, *D. Juan* y aun la *Odisea* se concibieron bajo el mismo principio. La primera parte de que hablo, y por la que se encapricharon proviene de una situación apasionada y dolorosa al mismo tiempo, y por consiguiente interesante; la segunda descubre un mundo mayor, mas sublime y puro, y menos apasionado. Sin haber vivido y observado algo, nadie entenderá el verdadero objeto de *Fausto*.»

Hemos referido con exactitud algunos de los oráculos familiares de aquel venerable viejo cuyo entendimiento sólido y maduro y creador sin esfuerzo alguno, se presentaba tan majestuoso sin violencia y tan grande sin énfasis; totalmente diferente en esto de los genios vulgares. Su tranquila gravedad no es propia de almas tempestuosas y espíritus críticos, de talentos revoltosos, grandes á veces, pero que parten siempre de un principio mezquino de egoísmo para juzgar ó agitar el mundo. No se ve en Goethe el zurriago de Lessing, el gracejo de Wieland, ni el brillo ideal de Schiller; no es tampoco el dogma de Schlegel, el culto de Novahi, el meteoro luminoso de Bichter; sino otra cosa tan superiormente pura y elevada, que no se estraña que el ardiente Enrique Heine, al mismo tiempo que se burla del noble patriarca, diga que quedó penetrado de respeto cuando vió por la vez primera al *Jupiter de la inteligencia*.



MORETO.

Tres hombres de aspecto risueño y pulido traje paseaban una tarde del mes de agosto de 1630 por la es-

paciosa Vega de Toledo, cuyo nombre conserva todavía el famoso Cristo que como testigo sirvió á una mujer abandonada de su perjuro amante. El mas anciano iba en medio, adornado con la insignia de la orden religiosa de S. Juan, y los cabellos blancos que se rozaban con el cuello de sarga de sus hábitos sacerdotales. Llevaba en la mano un papel que contenia algunos versos, con cuya lectura escitaba la risa de sus alegres compañeros. Eran epigramas del célebre y desgraciado conde de Villamediana, hijo del sabio y esforzado conde de Oñate, dichos agudos de aquel joven que recibió sin duda alguna la muerte, no por amar á una reina, sino por tener tratos con la querida de un rey. Estos epigramas eran asettados contra el duque de Lerma, el conde de Olivares y otros magnates de la época, y si bien su lectura arrancaba exclamaciones de los tres paseantes, ninguno habia dado señales de indignacion. Pero, al llegar á uno, detúvose el que leia, y prorrumpió en amargas quejas contra el joven Conde. Decia así el epigrama:

« Cuando el marqués de Malpica,
Caballero de la llave,
Con su silencio replica,
Dice todo cuanto sabe.»

—Voto va!... exclamó el anciano, el mozalvete se desmanda.

—Vos, D. Lope de la Vega Carpio, dijo uno de los acompañadores, que era el poeta Baltasar Elisio de Medinilla, no sois voto en este asunto. Sino hubierais sido secretario y amigo del marqués, pudierais hablar de él en vuestro estado, pareceréis injusto si decis en contra, y buen servidor solo si lo defendeis. Nuestro compañero D. Agustín Moreto, que á vuestra derecha va, puede informarnos de lo que en la materia haya, porque como hombre de corte é imparcial, sabe y puede hablar.

—Yo, dijo Moreto, no sé si tiene razon ó no la tiene Villamediana, pero sé que solo los versos son suyos de sus epigramas, porque los pensamientos suelen ser populares antes que él los encajone en su no muy sonoro metro.

—Ingenioso andais, D. Agustín, dijo Lope, pero á fé que si os leo lo que dice de nuestro venerable protector el señor cardenal D. Baltasar Moscoso, por mi vida que os haga variar de parecer.

—No hagais tal, que de su eminencia nos veda hablar este trage que vestimos; porque habeis de saber que se compone de sotana estrecha para decirnos que así debemos de tratarnos á nosotros mismos, y de capa ancha para advertirnos que es deber cubrir las faltas ajenas.

—Gustame la esplicacion, replicó Lope, y quisiera que la hubierais tenido presente cuando os pidió vuestro parecer acerca de mi señor el marqués de Malpica, el taimado D. Baltasar.

Pidió este perdon á sus compañeros por el mal rato que á entrambos habia dado involuntariamente, y continuaron los tres ingenios su agradable paseo. Departiendo iban de comedias y poesias, recordando hermosos versos de Lope, ó agudos conceptos de Moreto, cuando acertó á pasar una cuadrilla de pillos que deteniéndose delante de los literatos, en altisonantes frases y alambicados razonamientos, les pidieron una limosna. Los paseantes no llevaban dinero menudo, y les contestaron la frase vulgar: «Dios los socorra, hermanos.» No hubo de satisfacer esta respuesta, porque un mozo que parecia gefe de la cuadrilla se adelantó con desemboltura y dijo. — Mis reverendos señores, nosotros tenemos hambre y andamos medio desnudos; si sus mercedes no nos socorren, vamos á asaltar esta capilla inmediata en donde nada dejaremos ni siquiera los tapices, si los hay, porque como dice

muy bien D. Agustín Moreto, en su comedia titulada *la misma conciencia acusa*, no es justo

Que esten los hombres desnudos
Y las paredes vestidas.—

Al oír tan terribles amenazas, rebuscaron bien los literatos en sus bolsillos, y cada uno sacó una moneda de oro. Lope alargó la suya el primero, y preparábanse sus compañeros á recojer la suya, cuando el que llevaba la voz entre aquella chusma, dijo á Moreto. — No guarde vuesa merced esa monedilla, si quiere saber un secreto que le importa mas que tan mínima porcion de oro.

—Un secreto! exclamó Moreto.—

—Un secreto y de importancia. Apartaos de tan honrada compañía, y oid:

Hizolo así en efecto Moreto, y el mozo le dijo al oído: —«sabad, señor mio, que D. Rodrigo de Alvear ha llegado hoy á Toledo. Si lo quereis ver, tened entendido que no dejará de ir esta tarde, segun su antigua costumbre, á casa del Arcediano de Madrid que vive en la calle nueva, frente á la primer luz de la derecha. Se acostumbra á retirar despues del toque de ánimas. Suele ir cubierto de una capa parda, y lleva un baston en una mano y una espada en la otra.—

El jóven tomó con precipitacion el escudo que pensativo tenia todavía Moreto en su mano, y se retiró con los suyos. Lope de Vega y Medinilla quedáronse asombrados al ver á su amigo tan cabizbajo, y admiráronse de que alguna truanería de pillo pudiera influir tanto en un hombre superior. Trataron por mil medios de distraerle pero todo fue en vano, sin que nada bastase á hacerle revelar el motivo de la distraccion. Por fin, se despidió de ellos antes de la hora acostumbrada, dejando á sus compañeros de paseo tan absortos como aflijidos.—

II.

Sentado estaba delante de una mesa en su gabinete D. Agustín Moreto, buscando entre sus papeles uno que harto debia interesarle para tener tan grande ahínco en hallarlo. Por fin dió con él, y despues de haberse enjugado las lágrimas que por sus párpados corrian, y haber llevado el precioso papel á sus labios, lo leyó con los ojos del alma, al propio tiempo que con los del rostro. Era una carta de su amorosa madre, la cual tenia la fecha bastante atrasada, y decia así:

«Hijo de mis entrañas, muchas veces me has preguntado, viéndome aflijida, la causa de mis pesares, y siempre me he negado á contártela. Cuando notastes que tenian por causa inmediata algunos desvíos y reconvencciones de tu padre, suspendióse tu ánimo y lanzóse sin duda alguna en un piélago de conjeturas que á milagro tendria no fuesen en contra de mi honra. Entonces fue cuando quise tranquilizarte y conservar tu estimacion, que tengo en tanto como tu cariño, lo cual solo podia alcanzar contándote francamente la causa de mis angustias. Te ofrecí hacerlo así, y hoy que me lo recuerdas, te voy á complacer.»

«Siendo aun muy niña, huérfana y desvalida, me agregué, como no ignoras, á una compañía de comediantes, en donde, á trueque de malos tratos, y sirviendo de objeto de risa á un público siempre descontentadizo, me daban el necesario sustento, y cubrian mis desnudas carnes. Fui creciendo, y paso á paso ganando mas consideraciones, hasta que llegué á ser *dama*, cuyo significado en nuestra profesion conoces. Alcancé bastante crédito, y yo era, segun opinion general, el alma de la comparsa. Un dia que tranquila estaba yo estudiando el papel que me tocaba aquella noche represen-

tar, vi entrar en mi aposento á un jóven muy gallardo cuyos negros ojos clavó en mí. Confieso que me turbó tan noble fisonomía, y no acerté á preguntarle el objeto de su visita. Dijomelo no obstante en breve, y no era otro que el de rogarme le sirviese de medianera en la pretension que hacia de formar parte de nuestra compañía, como galán que era y á mí me pareció. Llamábase Rodrigo de Alvear. Le serví en cuanto pude, y en breve quedó admitido. No tardé mucho en conocer que era yo el objeto de sus atenciones, y fue tal la ternura con que me trató que si no me enamoré de él, al menos lo veía con gusto. Una noche representamos una comedia en la cual debía yo darle una sortija como prenda de eterno amor. Hicelo en efecto, dándole mi mas preciada sortija en cuyo brazo grabado estaba mi nombre. Terminada la función, fue á mi cuarto, se echó á mis pies que bañó con sus lágrimas, y me rogó por el amor entrañable que me tenía, le dejase conservar por los días de su vida aquella sortija que en extraño nombre la había dado. Fueron tales sus súplicas, sus ruegos, sus lágrimas, que no pude menos de ceder, y le dejé la prenda que tanto anhelaba poseer. Pasaron días y semanas; vano él con el favor que le había yo otorgado y otras ligeras preferencias con que le había distinguido, quiso abusar de mi abandono, á tal punto que me vi precisada á cerrarle las puertas de mi casa y las de mi afecto. Juró él entonces vengarse y lo ejecutó.»

«Un año después de este suceso, estando Rodrigo de Alvear en Valencia, conocí al que después fue tu padre y mi esposo. Quisome bien; pagué su amor con el mío, y en breve nos unió para siempre el matrimonio. Fuimos muy felices durante años, interin mi marido ni sentía celos de lo pasado, ni los tenía del porvenir; pero Rodrigo vino á turbar nuestra paz, porque hizo alarde de la sortija que sus lágrimas le grangearon, y aun de alguna breve carta mia cuyas palabras interpretaba él y explicaba á su antojo.»

«Nada mas te digo, y se que tú que conoces el carácter celoso y sombrío de tu padre, adivinaras fácilmente cuantos sinsabores he pasado; pero el mayor de todos ha sido, hijo mío, el que tu hayas alvertido el desvío de tu padre, nacido no de liviandad sino de flaqueza mia.»—

Moreto era impetuoso, y estaba entonces en la fuerza de su edad. Amaba á su madre con delirio, y por aborrrarle un minuto de dolor, diera todos los instantes de su vida. Su carácter caballeresco le impelia á la venganza, y su corazon de hijo á arriesgar la existencia por la paz de su madre amada. No bien hubo acabado la lectura de la carta anterior, cuando enjugando las preciosas lágrimas que por su rostro se deslizaban empuñó su espada, miró su agudo filo, y cubriéndose con una larga y oscura capa, salió de su casa. Dirigióse á la calle nueva á punto que las campanas de la ciudad tocaban á las ánimas, y ocultándose en un sitio retirado donde no pudiese alcanzarle la claridad de algunas luces de devoción que por la calle había, esperó á D. Rodrigo de Alvear, que segun la noticia que conservaba del Cristo de la Vega, no debía tardar en salir de casa del Arcediano. Su corazon estaba preñado de cólera, y sus ojos no ansiaban mas que ver correr la sangre del infame que había causado la infelicidad de una familia, abusando de una barto disculpable debilidad de mujer.

Media hora haria apenas que Moreto estaba en situacion tan triste, cuando vió salir de casa del Arcediano un hombre cubierto de una capa parda. No dudó que fuese aquel D. Rodrigo, pero acercóse mas á él, y advirtió que llevaba baston y espada. Cerciorarse de esta

última circunstancia, y avalanzarse á él, fue todo uno. El desconocido se defendió bizarramente, pero D. Agustín Moreto iba á vengar un ultraje hecho á su madre, y parecia invencible. Por fin, después de una terrible refriega, cayó el contrario bañado en su sangre, y cuando Moreto iba á arrancarle de la mano la sortija que suponía encontrar, notó que la ronda entraba en aquella calle, y se largó con precipitados pasos. Dirigióse á su casa en donde encontró á Lope de Vega que lo esperaba para hacerle una pregunta literaria. Iba tan turbado que sin reparar en su amigo, se arrojó en un sillón donde permaneció largo rato sin decir palabra ni oír las preguntas reiteradas y amistosas de Lope.

Pocos minutos habian pasado así, cuando un amigo íntimo de Moreto entró precipitadamente en casa de este y dijo que acababa de encontrarse muerto en la calle nueva á Baltasar Elisio de Medinilla.—

—A quien?—esclamó, fuera de sí Moreto.—

—A Baltasar Elisio de Medinilla.

—Dios mío!... dijo Moreto, y cayó desmayado.

Lope de Vega entonces le quitó el embozo de la capa, y vió con dolor y asombro una espada teñida en sangre....

Por este hecho se presume que D. Agustín Moreto dejó encargado en su testamento enterrasen su cadáver en el *pradillo de los ahorcados*; sin embargo, sus disposiciones últimas no se ejecutaron, y de orden de su hermano D. Julian, y del licenciado D. Francisco Carrasco Marin, sus albaceas, fue enterrado en la bóveda de San Juan Bautista de Toledo, hoy escuela de Cristo. Murió en 1669 siendo desde 1657 rector del refugio, al lado de cuyo establecimiento está en pie todavía la casa en que moró, y que mandó construir para él su protector el Cardenal Moscoso.

El retrato de D. Agustín Moreto, que al frente de este artículo se estampa, puede asegurarse que es el 1.º de este célebre poeta que ve la luz pública. Es copia del único que existe, y consérvalo como objeto muy precioso y digno de serlo á todos títulos un caballero muy distinguido de Toledo.

Es de esperar que el tiempo dé á conocer hechos interesantes de este ilustre poeta. O mucho nos equivocamos, ó su vida está enlazada á infinitos sucesos políticos del siglo XVIII.

Jacinto de Salas y Quiroga.

EL MONTE PETER-BOTTE.

Si la estremidad de la punta que representa la lámina no estuviese coronada con una bandera, y no se distinguiesen debajo algunos hombres colgados de trecho en trecho en las escarpaduras, no se creería posible que se trepara á tal eminencia á menos de ser mono ú ave. Por mucho tiempo desafió así el monte *Peter-Botte* á los entusiastas, y su cima redonda y pelada, cubierta comunmente por las nieblas, permaneció intacta, burlándose del arrojo de los viajeros. No obstante cuenta la tradición que un hombre, cuyo nombre lleva, subió á ella sin socorro alguno. Se dice, que habiendo llegado á la estrechez superior de la cima, que se llama *el cuello*, había fijado por medio de una flecha una cuerda de bastante resistencia para poder sostenerse; pero al volver aquel desdichado de su expedicion se precipitó en las ramblas que rodean al monte y no pudo encontrarse su cadáver.

A pesar de cuantas pruebas se han hecho, no parece que haya habido nadie que haya ejecutado completamente la peligrosa subida del Peter-Botte hasta el mes de septiembre de 1832.

El monte Peter-Botte está situado en la isla de Francia, hoy isla Mauricio, y pertenece á la cordillera del Pouce, de la que es la punta mas elevada. Según el abate de La Caille tiene 424 toesas de altura sobre el nivel del mar. De su cima, que se distingue á una gran distancia, salen diferentes picos interrumpidos de cortaduras; la lámina representa en su parte iluminada uno de estos picos en donde están escalonados algunos hombres. Por esta parte es por donde se verificó completamente la subida.

El ingeniero Lloyd había ya llegado en 1831 hasta cerca del cuello, en donde había puesto contra la cara perpendicular de la roca una escala que se ve en la lámina al lado de un negro en pie; y aunque esta no llegaba á la mitad de lo alto de la escarpadura, creyó no obstante posible superar aquel primer obstáculo, y en consecuencia volvió á empezar su expedición en el año inmediato, acompañado de varios oficiales, y entre otros del subteniente Taylor, que insertó una relación en el diario de la sociedad de geografía de Londres.

Los atrevidos exploradores se pusieron en camino el 7 de septiembre después de haber atravesado una rambla que se halla en la parte inferior de la punta, y no tardaron en llegar al punto en que M. Lloyd había dejado su escala el año anterior. Se encontraban entonces en un pico de unos seis pies cuando mas de anchura, que por un lado dominaba á una garganta cubierta de árboles, y concluía por otra perpendicularmente con un escarpado de unos 1500 pies de altura sobre la llanada; uno de los lados de aquel pico terminaba tambien en un precipicio de igual profundidad, el otro se arrimaba al monte, y desde allí subía serpenteando hasta una altura de 300 á 400 toesas, semejante en diversos puntos por sus fracturas á una hoja rota de cuchillo; en la garganta superior se igualaba con un borde estrecho que ceñía el cuello del monte, y sobre el cual se presentaba asentada orgullosamente la desdeñosa cabeza del Peter-Botte.

Los viajeros se pusieron á trabajar sin tardanza; colocaron la escala del año anterior, cuyo pie apoyaron en un saliente que no ha podido hacerse palpable en el dibujo: entonces un negro de M. Lloyd subió hasta la eminencia, y fiándose allí atrevidamente en su sangre fría y su buena maña, verdaderamente espantosas, trepó toda la largura de la roca perpendicular asiéndose como los monos con sus pies y manos á la menor aspereza, que por poco que hubiese cedido al esfuerzo de sus pies, le hubiera precipitado en el abismo. Bien pronto se vió en la cima, y echando un *hurrah!* gritó: *todo va bien!* Ató con firmeza unas cuerdas que había llevado, y sobre las cuales se levantaron las otras cuatro personas; estas ganaron de esta suerte la garganta superior unas veces sobre sus rodillas, y otras veces á caballo sobre los bordes del pico, pudiendo, como lo dice el subteniente Taylor, dejar caer á una el zapato del pie izquierdo en la quebrada cubierta, y el del derecho en el llano que rodea el otro lado del monte.

La cabeza de esta montaña está, como se ha dicho, y lo demuestra la lámina, formada por una roca enorme de casi treinta pies de alto que escende en su parte mas gruesa de la base; el ribete ó repisa que ciñe al cuello tiene 6 pies de ancho, de un declive bastante suave, y terminado por todos lados por el precipicio, escepto el punto por donde habían subido los viajeros.

¿Como se había de salvar aquella cabeza y su ribete? Por fortuna uno de sus lados aunque sobresaliendo de su base muchos pies, se eleva perpendicularmente sobre la prolongación del precipicio inferior, en vez de escenderle como los otros; y para colmo de felicidad corresponde precisamente al punto por donde los viajeros habían subido. Certificados pues de esto, establecieron una comunicación con la parte inferior del monte por medio de sogas dobles, y levantaron así los materiales de su expedición, como una escala portátil, cuerdas, garruchas etc.

Se habían dispuesto flechas de hierro unidas al cabo de una cuerda; pero la dificultad consistía en como echarla por sobre la cabeza del Peter-Botte, pues este sobresalía de la base en que se hallaban los viajeros. M. Lloyd hizo que le atasen al derredor del cuerpo una soga fuerte, cuyo cabo quedaba en manos de sus compañeros; pasó al otro lado del monte, y allí armado del fusil en que estaba la flecha, inclinándose sobre el abismo sostenido por la cuerda que ceñía la cintura, y estriviando con sus pies contra el corte del precipicio, hizo fuego. La flecha falló por dos veces, y entonces recurrió á una piedra atada á una cuerda, la que balanceándola diagonalmente á modo de honda, provó si podía hacerla pasar por sobre la roca; pero fue en vano. Ya empezaba á apoderarse de los viajeros el desaliento, cuando en la última prueba se levantó un vienteillo que no duró mas que un minuto pero que repelió la piedra contra la roca y la hizo volver á caer por la parte opuesta.—*Hurrah! les gars! firmes á la obra.* Inmediatamente se disponen escalas, un buen cable sirve de pasamano, y el ingeniero Lloyd es el primero que se hace levantar á lo alto de la roca, dando gritos de alegría acompañado de grandes *hurrah!* todos los demás le siguen, y desplegándose con gracia la bandera inglesa sobre la temida pero ya vencida cabeza de Peter-Botte, es saludada por una fragata surta en la rada y por la batería de tierra. «Entonces tomamos, dice el subteniente Taylor, una botella de buen vino, y de pie en lo alto de la roca bautizamos el pico con el nombre de *Rey Guillermo*, brindando cortesanaamente á la salud de S. M., saludando á la bandera con el vaso, y gritando varias veces *hip! hip! hip! hurrah! hurrah!*»

Los negros escalonados en lo bajo del monte correspondieron á los gritos de los aventureros que animados en la cima del Peter-Botte determinaron pasar allí la noche. Hicieron subir mantas, capotes encerados, cigarros y aguardiente, y habiendo bajado al reborde de la garganta para despachar sus provisiones, volvieron á subir para encaramarse sobre su roca, proveyéndose cada uno de un vaso de aguardiente para *empezar bien la noche*, según su expresión. Dos pares de pantalones, una chaqueta de caza, una levita, un ancho sortío, un grueso capote de marino y dos mantas fueron la defensa de cada uno de ellos contra el frío, lo que no estorbó que tiritasen. Al anoecer disfrutaron en medio de un profundo silencio de la sosegada vista de la isla alumbrada por la luna; cuando se tiró el cañonazo de retreta echaron varios cohetes, y encendieron fuegos de diversos colores, con gran perjuicio de los pájaros que se quemaron en ellos sus alas; en fin después de haber atado los pies á uno de sus compañeros, somnábulo declarado, se envolvieron en sus mantas y procuraron dormir. Por la mañana se levantó una brisa muy fresca que les dió ocasion de acabar con su provision de aguardiente, pues estaban ateridos, helados y hambrientos. Sin embargo trabajaron cuatro á cinco horas para abrir con polvora un agujero en la roca: colocaron en él un poste, y asegurando encima una bandera inglesa, saludaron por última vez á aquel teatro de sus trabajos y de su triunfo.



(El Monte de Peter-Botte).

MADRID; IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.